

ACERCA DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA Y SU USO

*Francisco Van Den Bosch**

1. EL CONTEXTO

Un nuevo e importantísimo instrumento ha sido elaborado para la tarea de la Iglesia en general (que existe para evangelizar EN 4) y particularmente para la catequesis. El Catecismo de la Iglesia Católica, compendio de fe, quiere ser un texto de referencia para la Iglesia universal; de alguna manera se repite lo que se hizo en el Concilio de Trento. En aquel histórico evento se quiso revisar, en la Iglesia, una serie de cosas que no andaban del todo como debían, reafirmar otras que estaban puestas en duda, especialmente, aunque no de modo exclusivo, por la reforma, poner a la Iglesia en mejores condiciones para cumplir con su tarea de acuerdo a los tiempos que se vivían. Dentro de este propósito se quiso hacer algo para superar las falencias (intelectuales y otras) del clero y asegurar la formación de los futuros sacerdotes. Para lo primero se decidió redactar un "catecismo mayor", dirigido a los párrocos, y para lo segundo facilitar más posibilidades para la formación del clero, principalmente creando los seminarios. El antecedente del catecismo de Trento es importante si queremos ubicar en su justo contexto el actual "Catecismo de la Iglesia Católica" (en adelante se citará CATIC). Es de recordar que el nombre oficial del documento surgido de Trento es "*Catechismus ex Decreto Concilii Tridentini ad Parochos*". (ver infra).

El paso de los años (en este caso siglos) ha hecho olvidar que el origen del catecismo, que hoy todo el mundo conoce como un librito para chicos, está en un "catecismo" que pocos se acuerdan y menos conocen. Si muchos obispos (y en muchos países la conferencia episcopal se entera) habían sugerido a la Santa Sede que no se llamara "catecismo" a la obra en elaboración, es porque se temía que la mayoría de la gente no entendiera el propósito, justamente por el desconocimiento de su (aún así ilustre) antecedente tridentino. Finalmente, y a pesar de las objeciones, se ha mantenido el nombre posiblemente para dejar constancia de su relación con su "antepasado". Considero que el haber mantenido la denominación de "catecismo" tiene indudables ventajas: obliga a

* Sacerdote diocesano. Secretario Ejecutivo de la Comisión de Catequesis de la Conferencia Episcopal Argentina. Belga-Argentino.

hacer memoria, a revalorar la palabra "catecismo" y a recordar que todo cristiano merece su catecismo: en aquel entonces los párrocos, hoy los obispos, los redactores del manual y fieles en general, en este orden (ver infra). Cada uno a su modo es sujeto de educación de la fe, aún los mismos ministros sagrados de la Iglesia: la obra se dirige, en primer término a obispos y luego a catequetas para ser, a través de ellos, útil para el resto de los hombres de buena voluntad, cristianos o no. Además es oportuno señalar que se trata de un texto "Católico" es decir, una formulación actualizada de lo que la Iglesia Católica cree, celebra, vive y reza. La finalidad del presente escrito no es evaluar los contenidos, la oportunidad, la claridad, etc. Quede constancia que considero su contenido sumamente valioso, reduciéndose lo observable o discutible a pocos elementos (entre los cuales quiero mencionar explícitamente la argumentación acerca de la pena de muerte), su oportunidad más que válida, y en su argumentación teológica hay un laudable (y creo generalmente logrado) esfuerzo por no presentar escuelas teológicas, sino doctrina católica, es decir universal. El objetivo del presente trabajo es tratar de ubicar el CATIC en su lugar eclesial-histórico-catequístico.

Si para la correcta comprensión e interpretación de la Sagrada Escritura es importante e indispensable tener en cuenta la intención del autor, *mutatis mutandis* se puede afirmar lo mismo acerca del CATIC. Sin duda por este motivo, en cada edición autorizada por el Vaticano, figura el texto de la Constitución Apostólica *Fidei Depositum* de Juan Pablo II. Es un primer texto que ayuda a descubrir la intención del autor para la correcta interpretación. Un segundo, y también indispensable instrumento para este fin es el "Dossier" que fue publicado por la Santa Sede el 15 de junio de 1992 con el fin de contribuir para que: "de la preciosa semilla que es lanzada con el CATIC, maduren frutos abundantes." (Dossier).

Siguiendo el orden cronológico en que se fueron dando los documentos, veamos primero algunos aspectos del Dossier que me parecen esclarecedores para ubicar el CATIC en su lugar correcto y para poderlo usar en fidelidad a la idea original, o sea; con sentido de Iglesia.

Del Dossier del 15 de junio de 1992

En el corazón del siglo XVI, como fruto maduro del Concilio de Trento, está el Catecismo, publicado en 1566. Su nombre oficial es "Catechismus ex Decreto Concilii Tridentini ad Parochos", aunque es más conocido como Catecismo de "San Pio X" o "Catecismo Romano"...

Desde el Catecismo Romano ¿se uniformaron los catecismos? Ante todo distingamos que no es lo mismo unidad que uniformidad. Esta última

encierra un esquema único; en cambio la unidad salvaguarda lo sustancial, dejando libertad a la creatividad...

¿Y el nuevo catecismo? Muchos hablan de él; creen que será el "catecismo único". En cambio será, para la Iglesia Católica, la base y punto de referencia para la preparación de catecismos locales...

El catecismo de la Iglesia Católica es propuesto: como instrumento para la transmisión de los contenidos esenciales y fundamentales de la fe y de la moral católica, de modo completo y sintético; como punto de referencia para los catecismos nacionales y diocesanos, cuya mediación es indispensable; como texto que se coloca en el surco de la tradición catequística, particularmente en aquella que se expresa en el "catechismus maior", es decir, en el catecismo destinado a los sujetos-operadores de la catequesis -Pastores-, que tienen la misión de catequizar - respecto del "catechismus minor" que es para los destinatarios de la catequesis: adultos, jóvenes y niños; como texto magisterial, en el sentido que -siendo sugerido por un Sínodo de los Obispos, deseado por el Santo Padre, redactado por obispos, fruto de la consulta al episcopado- es aprobado por el Santo Padre como su magisterio ordinario...

Son destinatarios del Catecismo de la Iglesia Católica, sobre todo y ante todo los Obispos en cuanto doctores de la Fe; luego los redactores de catecismos y, a través de ellos, todo el Pueblo de Dios...

Ha sido dedicada una particular atención a la dimensión misionera, la cual, además de ser tratada explícita y específicamente en diversos lugares del Catecismo, permea y anima todo el resto (Dossier, junio 1992).

No es muy común que un documento del magisterio ordinario de la Iglesia vaya acompañado de otros dos documentos como son el Dossier (inusitado) y la constitución apostólica del Santo Padre. Varias conclusiones se imponen:

a) Es de notar la importancia que la Santa Sede, por el magisterio ordinario del Santo Padre, quiere dar al CATIC. Lo mismo es confirmado por el modo usado para presentarlo: se invitó a los obispos presidentes de las comisiones episcopales de catequesis del mundo entero; en el mismo sentido se ha de comprender también la reunión de fin de abril, en la cual se hace, nuevamente en presencia de obispos de todo el mundo, una primera evaluación de la recepción del CATIC. Es evidente que se quiere dejar constancia que no se trata de un documento más, sino de algo tan particular como importante.

b) Algunos de los acentos puestos de manifiesto:

- Se inserta el CATIC en una historia que arranca desde el Antiguo Testamento, sigue con el Nuevo, hace mención de la Didaché en el siglo primero, de San Agustín con "De catequizandis rudibus" en el siglo V, pasa por Alcuino en el siglo IX, por Pedro Lombardo del siglo XII, por Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII para desembocar en el siglo XIV cuando el arzobispo de York publicó un librito popular en cuyo título figura (creo por primera vez) explícitamente la palabra "catecismo"; finalmente se hace referencia al ya mencionado catecismo de Trento. Es de notar también la apertura ecuménica manifestada al nombrar a Lutero y a Calvino como autores de catecismos mayores.

A pesar de la bien documentada relación con la Tradición cristiana, tanto el Santo Padre en su Constitución Apostólica como los autores en el texto del Dossier, cuando se hace referencia a la Tradición en la cual se inserta el CATIC, ambos documentos son extremadamente prudentes: no usan mayúsculas sino que hablan de insertarse en una tradición catequística, de un orden tradicional, etc. Sabiendo que en los documentos de la Santa Sede todo es importante, hasta en los mínimos detalles, esta ausencia de mayúscula al mencionar la (T) tradición manifiesta una quizás excesiva pero sin duda loable humildad. Es como si dejaran a la historia la decisión de elegir el tipo de letra con el cual se inscribirá el CATIC en la crónica eclesial futura.

- Se insiste en más de una oportunidad en explicar quienes son los destinatarios del CATIC, y al hacerlo se aclara que eso "pone de manifiesto la siguiente graduación: obispos, redactores, y luego, a través de ellos, el Pueblo de Dios". Posiblemente nadie haya sospechado el tan masivo éxito editorial (best seller en Francia; y en Bélgica, se vende en los supermercados, y a precio en un 10% inferior al que se vende en las curias o librerías católicas...). Posiblemente, de tener que escribir el Dossier hoy día, no sería aconsejable insistir en que al Pueblo de Dios le llegara a través de sus obispos y de los redactores de catecismos o manuales. En este sentido (como muchas veces) la intuición del Santo Padre lo llevó a un mayor acierto, porque si bien mencionó el mismo orden dice que: "se ofrece a aquellos fieles que deseen conocer mejor las riquezas inagotables de la salvación..." (FD 4). Pero sigue siendo válido que, para la justa comprensión es importante lo dicho en el Dossier acerca de los destinatarios.

- Junto con lo anterior es de hacer notar la insistencia en la necesaria inculturación, que es dejada para los catecismos locales que deberán

ocuparse de ello. Las realidades eclesiales africanas, asiáticas y latinoamericanas seguramente no fueron ajenas a esta insistencia que, para nosotros, parecería obvia pero en otras latitudes o mentalidades posiblemente no lo sea tanto.

- Entre las dimensiones del catecismo que el Dossier menciona explícitamente, figura la dimensión misionera. En la línea del Concilio Vaticano II, cuyo documento sobre la Iglesia: *Lumen Gentium* (luz de la gente), la misión del catecismo es ser instrumento para la evangelización. Así se retoma el desafío lanzado por Pablo VI al afirmar que la Iglesia "existe para evangelizar" (EN 4). En este sentido viene como anillo al dedo para una Iglesia latinoamericana tan preocupada por el anuncio del kerygma. (ver su relación con Santo Domingo infra).

La Constitución Apostólica Fidei Depositum

A esta Asamblea (el Concilio Vaticano II), el Papa Juan XXIII le fijó como principal tarea la de conservar y explicar mejor el depósito precioso de la doctrina cristiana, con el fin de hacerlo más accesible a los fieles de Cristo y a todos los hombre de buena voluntad...

... (en la exposiciones y directrices del Concilio se encuentran orientaciones) para la renovación del pensamiento, de actividad, de costumbres, de fuerza moral, de alegría y esperanza...

Los Padres del Sínodo expresaron el deseo de que fuese redactado un catecismo o compendio de toda la doctrina católica tanto sobre la fe como sobre la moral, que sería como un texto de referencia para los catecismos o compendios que se redactan en los diversos países...

...hay que dar gracias a Dios en este día en que podemos ofrecer a toda la Iglesia, con el título de Catecismo de la Iglesia Católica, este texto de referencia para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe...

...contiene cosas nuevas y cosas antiguas pues la fe es siempre la misma y fuente siempre de luces nuevas...

Lo reconozco como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe. Dios quiera que sirva para la renovación a la que el Espíritu Santo llama sin cesar a la Iglesia...

Este catecismo les es dado para que les sirva de texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y muy particularmente para la composición de los catecismos locales...

Este catecismo no está destinado a sustituir a los catecismos locales...

El Papa ubica el catecismo claramente en la línea del Concilio Vaticano II, que da lugar para la renovación del pensamiento, la actividad, las costumbres, la fuerza moral, la alegría, la esperanza. Y se trata de un texto de referencia. Los obispos, los redactores de manuales, todos los fieles encontrarán, para cualquier tema relacionado con la fe, una exposición clara y católica que les oriente; porque se trata de una "norma segura para la enseñanza de la fe". Y esta norma quiere servir "para la renovación a la que el Espíritu Santo llama sin cesar a la Iglesia". Este servicio no implica ni se entiende como una imposición de una determinada modalidad para dar la catequesis ni como una sustitución de esfuerzos locales. No es para sustituir catecismos sino para ayudar, a fin de que estos también sirvan a la renovación de manera católica, es decir universal.

EL CATIC Y SU RELACION CON EL DIRECTORIO CATEQUISTICO GENERAL

El Catecismo de la Iglesia Católica va, sobre todo, puesto en relación con el Directorio Catequístico General. Se recordará que la tercera parte de este Directorio comprende dos capítulos. El primero ofrece criterios generales para la elección de los contenidos (37-46), mientras que el segundo, redactado ya en 1971 por la Congregación para la Doctrina de la fe, ofrece un elenco de las verdades de la fe (47-69). En un cierto sentido, el Catecismo de la Iglesia Católica viene a sustituir este segundo capítulo de la tercera parte del mismo directorio. De por sí, en consecuencia, no debería ni abolir ni modificar la legislación catequética actualmente existente. (Mons. Crezcencio Sepe, Secretario de la Congregación para el Clero, en el Congreso Internacional de Catequesis, Sevilla 1992).

Un día me encontré con una persona que sostenía que, para los cristianos, el Antiguo Testamento no tenía ninguna importancia ni valor, dado que teníamos el Nuevo Testamento. Sin embargo, si bien hay que leer y entender el primero a la luz del segundo, también es cierto que una recta interpretación del segundo es favorecida por un conocimiento y una integración de fe del primero.

Lejos de querer sacralizar el CATIC y menos compararlo con la Sagrada Escritura; sería una especie de sacrilegio. Sin embargo, lo dicho puede ayudar

para descubrir que no se puede ubicar y por ende entender y utilizar correctamente el CATIC sin tener en cuenta que se inscribe en un cierto contexto pastoral-eclesial en el cual el Directorio Catequístico General ocupa un lugar privilegiado.

La cita que encabeza esta parte del escrito es del Secretario de la Congregación para el Clero, de la cual depende el área de la pastoral catequística en la Iglesia Católica; pone de manifiesto de manera clara esta indispensable relación entre el Directorio y el Catecismo.

Y ¿qué significa que debemos ubicar el Catecismo en el contexto del Directorio?

Hay quienes piensan que lo más importante es la formulación exacta, la descripción minuciosa, la anunciación completa de absolutamente todo lo que hace a la fe en un lenguaje universal y eternamente válido. También los hay que creen que los problemas de la catequesis se resuelven con el simple aumento de tiempo y de contenido doctrinal. Para todos ellos el Catecismo sería la solución definitiva de un sin número de dificultades, sino de todas. Pero

para llegar a ser cristiano no basta con asimilar nociones de doctrina cristiana o adquirir conocimiento teológico, aunque también este aspecto es importante. Es necesario cambiar modos de pensar y de ser de frente a Dios y de frente al prójimo. Se necesita acoger el proyecto de Dios, entrar en él, creer en Jesucristo y reconocerlo como Señor, y adherirse a su Evangelio. La conversión implica una opción personal y consciente hacia Jesucristo (Mons. Sepe id.)

El Directorio en cuyo contexto debemos leer el Catecismo nos ayuda a poner cada cosa en su justo lugar. Me permitiré recordar algunas ideas del Directorio que pueden ayudar a ubicarnos.

"La preocupación fundamental de la Iglesia es la de anunciar y promover la fe..." (DCG 1)

Para poder cumplir con este propósito y esta preocupación es indispensable tener en claro cuáles son los contenidos de esta fe, cómo se celebra y cómo se vive. Para este cometido el catecismo es una ayuda utilísima. Y es necesario tener en claro que se trata de un punto de referencia, de un escrito que es una ayuda actualizada. No se debe creer que se trata de un recetario o de una especie de "sacramento" que obraría lo que dice. Esta actitud es claramente contraria a lo que nos pide el Papa en la *Fidei Depositum*. El cristianismo no es una religión del libro sino una historia que siempre es más amplia que un

escrito. La fe que debemos anunciar y promover implica el encuentro vivencial y experiencial entre Dios y los hombres dentro de una larga historia de salvación en la cual la única fuente es la Palabra viva de Dios que nos es transmitida por la Tradición y la Sagrada Escritura (CT 27).

En la tarea de la evangelización y la catequesis el anuncio de la fe no es un acto mecánico que tiene como consecuencia automática el acto de fe del oyente. Este acto sigue siendo el misterioso resultado de la iniciativa de Dios. La Iglesia debe usar todos los medios para promover, para crear las condiciones, para hacer posible el acto de fe-respuesta en el catequizando. Y en el terreno de la razón los enunciados tienen importancia. Pero la fe no es primordialmente adhesión a enunciados, sino adhesión a la persona de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para nuestra salvación. Y el CATIC está en función de eso.

La fe cristiana en muchos fieles corre grave peligro... donde esta fe confiaba demasiado en las antiguas costumbres y en la unanimidad de las costumbres religiosas.

Masas enteras se van haciendo al indiferentismo o corren el peligro de conservar una fe privada del necesario dinamismo y de un influjo real en la vida. Más que conservar las costumbres religiosas conviene hoy afrontar el problema de una re-evangelización de las masas, de una renovada conversión de las mismas y de una más profunda y madura educación de la fe (DCG 6).

Mucho de lo enunciado en este párrafo tiene que ver con las comprobaciones que hace cada agente de pastoral muy a menudo. Las antiguas costumbres ya no se transmiten con la misma naturalidad de antes. No es este el momento ni el lugar para analizar los motivos. Baste comprobar el hecho. El indiferentismo, el decirse cristiano sin sentirse Iglesia como dicen los obispos argentinos, o la realidad de una fe como asunto absolutamente privado también son pan de cada día en nuestra vida de pastores.

De ahí que conviene afrontar el problema de la nueva evangelización de las masas, de una renovada conversión y de una más profunda y madura educación de la fe. Y decía Pablo VI que toda evangelización debe empezar con el testimonio (EN 21). Las palabras exactas, las nociones claras, la ortodoxia pura deben ir acompañadas (y me animo a decir hasta precedidas e impregnadas) del testimonio, comprometido con la santidad de Dios y con la necesidad de salvación del hombre concreto de carne y hueso; si no todo será en vano. La renovada conversión de la cual habla el Directorio se debe dar en primer término en nosotros, los llamados "comprometidos". Y en la profunda y madura

educación de la fe tampoco debe ser monopolio para aquellos que nos escuchan. Todos los cristianos necesitan ser educados en la fe en todas las circunstancias y situaciones de la vida, dicen los obispos argentinos en "Juntos para una evangelización permanente" (n. 52). Y los responsables de la pastoral estamos incluidos en este "todos". "La nueva evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia" afirman nuestros obispos en Santo Domingo (n. 30). Si nuestra pastoral significa únicamente querer conservar las costumbres religiosas, es signo, entre otros, que no hemos sido o no somos catequizados como es debido.

Tampoco faltan cristianos... que experimentan cierto descontento frente al lenguaje de la fe que ellos juzgan demasiado apegado a fórmulas superadas y a la cultura occidental.

Ellos van a la búsqueda de un nuevo lenguaje religioso más de acuerdo con la vida moderna y que permita a la fe difundir su luz sobre las realidades que angustian al hombre de hoy, dejando que el evangelio pueda encarnarse en las diversas culturas. Sin duda es deber de la Iglesia considerar con la mayor atención esta aspiración del hombre...

El ministerio de la palabra... debe manifestar la unidad profunda que existe entre el plan salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre, entre la historia de la salvación y la historia humana, entre la Iglesia, Pueblo de Dios, y las comunidades temporales, entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre, entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos (DCG 8).

El CATIC formula de manera "católica", es decir universal, lo relacionado con la fe. El nuevo lenguaje religioso más de acuerdo con la vida moderna al cual se refiere el Directorio nos insinúa la necesidad de la inculturación. Esto no sólo implica traducir en lenguaje materialmente propio del ámbito en el cual se catequiza, una transposición local por así decir. También exige partir de una escucha, una atención por la vida moderna, por las realidades que angustian al hombre de hoy y aquí, en este ámbito concreto. Y si bien la vida moderna y sus angustias pueden tener ciertas características comunes en el mundo entero, el modo de percibir, encarar, tratar de iluminar deben partir de una empatía de parte de la Iglesia que no se manifiesta ni se traduce de modo igual en todas partes, simplemente porque las personas con las cuales hay que sentir desde adentro no sólo son distintas sino, sobre todo, son diferentes.

No se manifestará esta empatía de la misma manera en todas partes ni la catequesis tendrá las mismas expresiones en la India que en Nigeria o en la Argentina.

Así como la Iglesia universal se expresa de una manera que conjuga la riqueza de lo universal con las limitaciones que implica toda universalización, las iglesias locales deberán expresarse de manera local, asumiendo también las riquezas y las limitaciones propias de este modo de expresarse.

Esta renovación parece correr peligro principalmente por parte de aquellos que no logran ver la profundidad de la renovación propuesta, como si sólo se tratara de poner un remedio a la ignorancia religiosa. Según éstos, bastaría incrementar la instrucción catequística. Es evidente que ese remedio no responde a la verdadera realidad. Lo que hay que renovar es el mismo lenguaje catequístico... Por parte de aquellos que quieren reducir el mensaje evangélico a sus consecuencias temporales en la vida de los hombres (DCG 9).

Es importante percibir que el CATIC se inscribe dentro de la línea de la renovación de la catequesis, muy a pesar de aquellos que pensaban que, con este documento, se volvería a las pseudo-seguridades que el "catecismo de antes" parecía dar. Ya el directorio prevenía contra los obstáculos que encontraría la renovación catequística por parte de aquellos que creen que sólo es cuestión de incrementar (en contenidos y/o en tiempo) la instrucción catequística.

La renovación catequística dentro de la cual se inscribe el Catecismo se inserta en la Tradición, la vida de la Iglesia en acto, mediación a través de la cual nos llega la Palabra de Dios, fuente viva de la cual brota el contenido. El mismo Juan Pablo II explica que la catequesis debe, al mismo tiempo, impregnarse del pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas. Para ello es importante la materialidad del libro que llamamos Biblia, pero para que este libro se vuelva Sagrada Escritura hace falta que sea leído "en Iglesia". De ahí la insistencia en el espíritu, el pensamiento y las actitudes. Pero el Papa también insiste en la necesidad de leer los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia, con su experiencia dos veces milenaria (CT 27). La catequesis siempre "de suyo supone una adhesión global al Evangelio de Cristo, propuesto por la Iglesia" (DCG 18).

Por eso la Iglesia necesita reformular los contenidos de su fe de acuerdo a las exigencias de los tiempos que se viven, porque "la Iglesia... debe transmitir la Palabra de Dios como la Iglesia la propone y en el lenguaje de los hombre a quienes se dirige" (DCG 31). Por el mismo motivo, esta renovada formulación no se puede autoelevar al nivel de algo definitivo. Porque el Directorio Catequístico habla de la necesidad de renovar el mismo lenguaje y Juan Pablo II, en su exhortación apostólica, reafirma lo mismo de una manera más clara

aún, cuando dice que: "la catequesis tiene la necesidad de renovarse continuamente en un cierto alargamiento de su concepto mismo, en sus métodos, en la búsqueda de un lenguaje adaptado, en el empleo de nuevos medios de transmisión del mensaje" (CT 17).

Esta insistencia en el lenguaje como parte de la renovación catequística es sin duda una de las claves más importantes, tanto por su inmediata relación con el concepto de Tradición al cual ya hice referencia como por su relevancia en cuanto medio que hace (o no) comprensible, inteligible y creíble lo que la Iglesia anuncia. Ella es llamada a ser sacramento, es decir, signo eficaz. Debe obrar lo que dice, pero también debe decir lo que es (y no sólo lo que debería ser) a hombres concretos, ubicados en lugares definidos, con culturas determinadas.

En este contexto es evidente que el Catecismo implica un desafío a la imaginación, la creatividad y la fidelidad. Considerarlo como un freno para la renovación catequística sería desubicarse por varios flancos: sería transformar el cristianismo en una religión del libro, caer en el fundamentalismo y negar que el contenido de la catequesis y de la fe brota de la única fuente viva de la Palabra de Dios transmitida mediante la Tradición y la Escritura.

... el ministerio de la palabra, además de recordar las obras admirables realizadas por Dios en el pasado y que encuentran en Cristo su cumplimiento, interpreta también a la luz de esta revelación, la vida humana de nuestro tiempo, los signos de los tiempos y las realidades de este mundo, en cuanto en ellos se actualiza el plan de Dios para la salvación del hombre (DCG 11).

Recordar e interpretar a la luz de este recuerdo son dos tareas distintas y complementarias para la catequesis.

El recuerdo tiene una íntima relación con la anámnesis que es la acción de tener presente al recordar y designa de manera particular la oración litúrgica después de la consagración en la misa: "Anunciamos tu muerte Señor, y proclamamos tu resurrección hasta que vuelvas". La catequesis, a su manera y como parte del ministerio de la Palabra, hace memoria. No debemos subestimar la importancia de la memoria y de la razón; sin ellas desaparecería gran parte de lo que consideramos esencial y distintivo del ser humano y del cristiano. Esta memoria no se reduce al ejercicio de una facultad mental; ni siquiera en su parte más importante. La memoria-anámnesis consiste esencialmente en la adhesión a más aún, en la inserción en la persona de Cristo gracias al "sacramento" Iglesia. La catequesis debe llevar a una vida "en Cristo", vivida cada vez con más profundidad; y hacer memoria y recordar es, también en la

catequesis, hacer activa esta inserción-adhesión. En este sentido podemos afirmar que la catequesis exige tanto una experiencia religiosa como una actividad que compromete el intelecto;

no basta que la catequesis excite sólo una experiencia religiosa, aunque sea verdadera, sino que debe llevar a percibir, poco a poco, toda la verdad del plan divino, enseñando a los fieles a leer las Sagradas Escrituras y a conocer la Tradición (DCG 24).

El iluminismo y el racionalismo quizá nos hayan llevado a olvidar o poner (en la práctica) en segundo plano lo que siempre debería ser lo primordial: la vida en Cristo como verdad del plan de Dios que implica una experiencia religiosa. No se trata de oponer la razón y la vivencia. Simplemente es cuestión de poner en su justo lugar: las dos se necesitan, se evocan, se completan.

Siempre hemos afirmado que la esencia de la vida cristiana, su máxima (¿o única?) aspiración es la santidad. Sin embargo nuestra catequesis ha apuntado muchas veces más a la formulación racional que al crecimiento en santidad. Y si bien San Pedro habla de saber dar la razón de nuestra esperanza, esta razón tiene su fundamento en la anámnesis, la memoria viva y vital: Cristo vino no sólo para darnos una inteligencia nueva, sino esencialmente una Vida Nueva, que, por supuesto, implica un aspecto intelectual pero que no se limita ni mucho menos se agota ahí. Y la capacidad de acumular datos, muchas veces llamada inteligencia y a veces confundida hasta con la sabiduría bíblica, nunca fue *conditio sine qua non* para la santidad.

A la luz de la revelación la catequesis debe "interpretar la vida humana de nuestro tiempo, los signos de los tiempos y las realidades de este mundo, en cuanto en ellos se actualiza el plan de Dios para la salvación del hombre" (DCG 11). "A la catequesis toca enseñar a los cristianos la cristiana interpretación de las cosas humanas, principalmente los signos de los tiempos" (DCG 26).

En la medida en que el recuerdo se inclina más hacia la anámnesis que al mero intelecto, la interpretación se inclinará más hacia la misión profética que a la ideologización y viceversa.

El ministerio de la Palabra... debe suscitar una fe viva que convierta la mente a Dios, impulse a asentir a su acción y lleve a un vivo conocimiento de los contenidos de la tradición y revele y manifieste el verdadero significado del mundo y de la existencia humana (DCG 16).

El CATIC debe ser una seguridad en cuanto interpretación actualizada de la formulación de nuestra fe, y necesita, para hacerse catequesis, de la existencia y realidad humana concreta dentro de la cual se desarrolla el crecimiento de la fe: se plantean diversos problemas según el contexto cultural y religioso, y aun cuando se plantean problemas similares, estos no son percibidos de igual manera en todas partes. Además

es muy delicado lo que está en juego, porque se trata de la transmisión de la fe a la próxima generación, en el contexto de un mundo profundamente cambiado respecto a aquel del milenio precedente... Hoy, nuestra situación de evangelizadores presenta una cierta semejanza con aquella de San Pablo que emprendió el anuncio del Evangelio en el mundo pagano, griego y latino, y debió enfrentar enormes problemas que se habían planteado a los cristianos provenientes del mundo hebreo (Mons. Sepe, Sevilla, septiembre 1992).

En este contexto es importante señalar que se debe distinguir claramente el catecismo de la misma catequesis, fundamentalmente por una cuestión de lenguaje. Los dos se necesitan pero no se identifican. Y me animo nuevamente a citar a Mons. Sepe:

En la medida en que el mundo es menos cristiano y los destinatarios de la catequesis están, en su gran mayoría, faltos de válidas experiencias de vida cristiana, el lenguaje de la catequesis resulta siempre menos comprensible. Nosotros, que estamos habituados a él, no nos damos cuenta quizá suficientemente cuánto este lenguaje -para nosotros "familiar"- puede resultar, en cambio, extraño y "no familiar" a otros, que no tienen la misma experiencia.

A este propósito sería necesario afirmar que el lenguaje del catecismo no es identificable con el lenguaje de la catequesis. Aquel, en efecto, es solamente uno de los lenguajes usados para la transmisión de la fe. De hecho hoy la mayor parte de los catecismos son, sobre todo, una autorizada exposición de la fe, en un determinado contexto cultural, al servicio de aquellos que son ya cristianos. No tienen, sin embargo, la pretensión de presentar un lenguaje apropiado para el primer anuncio del Evangelio, o un lenguaje didáctico o de la iniciación para aquellos que están en el umbral de la fe o que todavía no lo han descubierto.

De este problema del lenguaje de la catequesis se habla desde hace mucho tiempo. Sin embargo, no parece que se haya resuelto adecuadamente. Sin duda no es fácil conjugar la búsqueda de un lenguaje comprensible al hombre de hoy y la preocupación de no perder términos y formas de decir,

que resulten incluso de la primera tradición cristiana o que han sido usados durante largos siglos en la catequesis, en la predicación, y en la enseñanza autorizada de la Iglesia (Sevilla 92).

El lenguaje del catecismo es, y debe ser, lenguaje propio de una exposición, mientras el lenguaje de la catequesis, indefectiblemente, debe ser dialogal como lo declaró el Papa Juan Pablo II en París (01.06.1980): necesita de "la pregunta", de la inquietud del interlocutor. Sino el catequista tendría que adivinar lo que pasa en la cabeza del catequizando decía el Papa. Creo que, cuando en algunos catequistas (especialmente en Europa pero no exclusivamente) hay una cierta resistencia al Catecismo, se debe muchas veces a la confusión reinante: si se confunde lisa y llanamente catequesis con catecismo es imposible ubicarlos en su justo lugar. Pero también puede llevar a confusión la interpretación inversa: si se cree que el catecismo-libro es catequesis, también se llega a la incompreensión y al malentendido, porque no se capta el problema del lenguaje que es y debe ser distinto. El mismo Directorio Catequístico General hace referencia a esta realidad cuando afirma:

La tradición está vinculada a formulaciones pero es más vasta y más profunda que estas formulaciones. Es una tradición viva porque en ella Dios continúa su diálogo con nosotros...

El ministerio de la palabra puede considerarse como el portavoz de esta tradición viva, en el ámbito de toda la tradición...

Los pastores de la Iglesia tienen la obligación, no sólo de proclamar y explicar directamente al Pueblo de Dios el depósito de la fe que les ha sido confiado, sino también de discernir con autenticidad las formulaciones y las explicaciones propuestas por los fieles...

De esta manera el ministerio de la Palabra no es la pura y simple repetición de una antigua doctrina, sino una reproducción fiel de ésta, adaptada a los nuevos problemas y comprendida cada vez con más profundidad (DCG 13).

Para concluir, una última referencia al Directorio Catequístico General que, creo, puede terminar de aclarar la ubicación del Catecismo en el contexto de la pastoral catequística.

La fe cuya maduración busca la catequesis, se puede considerar de dos maneras: como la adhesión plena del hombre a Dios que se revela, bajo el influjo de la gracia (fides qua) o como la materia de la revelación y del mensaje cristiano (fides quae) (DCG 36).

El capítulo segundo de la tercera parte del Directorio es reemplazado, según la afirmación del Secretario de la Congregación para el Clero, por el Catecismo de la Iglesia Católica. Este segundo capítulo (y su tercera parte), trata de la *fides quae* o sea, del contenido en sí mismo, y hace abstracción de la *fides qua*. Lo mismo hace el Catecismo. Estos dos aspectos, sin embargo, "no pueden separarse, por razón de su misma naturaleza, y la maduración normal de la fe supone un progreso coherente de ambos" (DCG 36). Se trata entonces de las verdades que constituyen el objeto de la fe y la catequesis, pero no de la fe o la catequesis en sí. La adhesión plena sin embargo es la meta y la razón de ser hacia la cual apunta "el influjo de la gracia". Para que el catecismo pueda, efectivamente, servir a la catequesis es indispensable unir las dos consideraciones de la fe que se distinguen exclusivamente por razones metodológicas.

La mencionada distinción y su importancia para el correcto entendimiento del servicio pastoral que pueda prestar el Catecismo queda más claro aún si vemos la insistencia de Mons. Sepe en la importancia de la *fides qua*, la adhesión plena del hombre a Dios que se revela.

Contrariamente a una cierta impresión que podría ser suscitada por la inminente publicación del "Catecismo de la Iglesia Católica", existen motivos para sostener que el primero y más urgente problema de la catequesis en muchos lugares y países no es el conocimiento doctrinal de la fe, sino el hecho mismo de la fe, o sea el acto de fe: el hecho de creer en Dios y de creer en Jesucristo. La práctica de la catequesis, tal como es concebida desde algunos siglos, presupone al menos una base mínima del anuncio de Jesucristo, una base mínima de conversión y de adhesión de fe al Evangelio de Jesucristo (DCG 18; CT 19).

De todas maneras no podemos ignorar que en los encuentros de catequesis nos encontramos frecuentemente cara a cara con un mundo no cristiano, con sujetos bautizados pero no evangelizados, ni aun a nivel inicial...

La catequesis de las próximas décadas no podrá dar por descontado que las personas que frecuentan los encuentros de la catequesis sean ya realmente creyentes en Jesucristo. Antes bien, la primera preocupación deberá ser que todos los participantes puedan acceder a la fe en Jesucristo. Es por esto que tendrá que preocuparse intensamente del anuncio del mensaje evangélico, que habla del amor salvífico de Dios y llama al hombre a creer en Jesucristo y a adherirse al Evangelio...

La catequesis deberá acentuar mucho la preocupación que los participantes puedan llegar a la fe en Jesucristo. Ella no deberá solamente retomar los contenidos del mensaje evangélico (como le es exigido a una auténtica catequesis), sino que también debe hacer resonar este mensaje, sobre todo en vista a la conversión y a la adhesión a Jesucristo (Sevilla 1992).

Los obispos reunidos en Santo Domingo han percibido claramente esta misma realidad y han insistido en la necesidad de adecuar el actuar pastoral en general y la catequesis y evangelización en particular a esta situación.

Pero al mismo tiempo los obispos latinoamericanos afirman que Santo Domingo se inscribe "en continuidad con sus precedentes de Río de Janeiro, Medellín y Puebla".

Los acentos pastorales en el terreno de la catequesis en los documentos de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Medellín, Puebla y Santo Domingo. Catecismo

Medellín

Contrariamente a lo que ha ocurrido en las Conferencias Generales posteriores, en Medellín los obispos elaboraron varios documentos, referidos cada uno de ellos a un aspecto particular de la pastoral.

Uno de estos textos se refiere explícitamente a la catequesis. Recordemos algunas de sus afirmaciones que, creo, son importantes si queremos ubicar el CATIC en el contexto latinoamericano. A continuación de cada cita hago un breve comentario relacionado con el uso del CATIC.

"La religiosidad popular, a pesar de observarse un crecimiento en el proceso de secularización es un elemento válido... se impone una revisión y un estudio científico de la misma, para purificarla..." (n. 2)

La religiosidad popular continúa siendo un elemento válido pero estamos en deuda en cuanto a la revisión, el estudio y la purificación. Creo que con la pastoral de los santuarios mucho se ha encaminado, pero a nivel de los agentes de pastoral en general y de sacerdotes en particular muchas veces se sigue simplificando: unos aceptan todo y otros rechazan todo, a veces en dos parroquias urbanas vecinas. El CATIC por ser un instrumento universal, puede tener en cuenta expresiones particulares de religiosidad, pero un uso superficial puede dar la razón aparente a los que rechazan las expresiones de religiosidad popular mientras por otro lado los que opinan que el único camino para la

pasoral es la religiosidad popular pueden rechazar el CATIC con base en una interpretación errónea de su finalidad: afirmarán que se trata de algo demasiado intelectual y desencarnado. Una insistencia en que se trata de un libro de referencia, un compendio "católico" se impone.

La catequesis debe manifestar la unidad del plan de Dios... Se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios realizado en Cristo y las aspiraciones del hombre, entre la historia de salvación y la historia humana, entre la Iglesia Pueblo de Dios y las comunidades temporales, entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre... (n. 4).

El difícil equilibrio que debe evitar tanto el dualismo como las identificaciones simplistas exige constantemente una preocupación, meditación y vivencia de un misterio básico de nuestra fe: Dios se ha encarnado en Cristo para nuestra salvación. Los acentos unilaterales tanto al negar la divinidad de Cristo como al ignorar su humanidad han sido tentaciones casi constantes en la historia de la Iglesia y han sido condenadas como herejías. Sin embargo, a veces, siguen siendo una realidad en la práctica. Nuevamente: habrá que evitar que el catecismo sea usado para reanimar una presentación desencarnada de la fe; no basta con afirmar la verdad teórica de la encarnación de acuerdo con el CATIC. Siguen siendo importantes las consecuencias prácticas de la encarnación.

La toma de conciencia del mensaje cristiano se hace profundizando cada vez más la comprensión auténtica de la verdad revelada. Pero esta toma progresiva de conciencia crece al ritmo de la emergencia de las experiencias humanas individuales y colectivas... (n. 5).

La catequesis debe ser fiel a la transmisión, no solamente del mensaje bíblico en su contenido intelectual, sino también a su realidad vital encarnada en los hechos de la vida del hombre de hoy. Las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte indispensable del contenido de la catequesis... (n. 6).

La comprensión de la verdad es progresiva. Pero es importante tener en cuenta que esta progresión no es sola o meramente mental. No sólo depende de la capacidad intelectual sino que, si quiere tener impacto en la vida concreta, necesita crecer al ritmo de la emergencia de las experiencias humanas individuales y colectivas. El misterio de la encarnación continúa hoy: la catequesis debe ser fiel al mensaje bíblico, pero este mismo mensaje impone fidelidad a la realidad vital encarnada en los hechos de la vida del hombre de hoy. Las situaciones históricas, las aspiraciones auténticas, la vida, son el

ámbito, el habitáculo indispensable en el cual es recibido, comprendido., vivido el mensaje. Si no se tiene en cuenta esta afirmación, nuestra catequesis y el CATIC se transformarán en un dato cultural pero no en un mensaje de salvación.

"Es necesario subrayar las exigencias del pluralismo en una pastoral latinoamericana..." (n. 8).

Entre los sacerdotes hay quienes temen que el CATIC lleve a una uniformidad y unicidad monolítica: un catecismo único. Sospecho que los hay también que esperan esta unicidad. A este respecto me parece oportuno citar una vez más al secretario de la Congregación para el Clero:

En esta reunión internacional parece obligatorio afrontar una objeción de fondo. Entre los catequetas se teme que este Catecismo de la Iglesia Católica sea una especie de tentativa de imponer un monolitismo catequístico en la Iglesia.

Para disipar un tal temor se pueden citar las mismas palabras del Santo Padre Juan Pablo II, el cual, al saludar a la Pontificia Comisión para la preparación del "Catecismo" se expresaba así: "El catecismo que estáis llamados a elaborar se coloca en el surco de la gran tradición de la Iglesia, no para sustituir a los catecismo diocesanos o nacionales, sino a fin de que sea para éstos "punto de referencia". No quiere ser, pues, un instrumento de aplastante "uniformidad", sino una importante ayuda para garantizar "la unidad de la fe", que es una dimensión esencial de aquella unidad de la Iglesia que surge de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

La misma práctica seguida por nuestra Congregación para el Clero durante este período post-conciliar se sitúa en el surco de aquella tradición a la que ha hecho referencia el Santo Padre. Por lo cual no parece que se pueda hablar de una política de monolitismo catequístico (Sevilla, 1992).

La catequesis debe ser eminentemente evangelizadora, sin presuponer una realidad de fe, sino después de oportunas constataciones... La evangelización de los bautizados tienen un objetivo concreto: llevarlos a un compromiso personal con Cristo y a una entrega consciente a la obediencia de la fe... (n. 9).

No puede la catequesis limitarse a las dimensiones individuales de la vida... En esta catequesis comunitaria se debe tener en cuenta la familia, como primer ambiente natural donde se desarrolla el cristiano... (n. 10).

El CATIC, masivamente distribuido y, según todos los indicios, aceptado y acogido por un inesperado número de personas, (incluso en países en los cuales lo religioso y menos lo católico parecía muy de moda) no tendría que llevar a confundir la catequesis con el estudio, la información o la formación cultural de individuos. Es sin duda una comprobación esperanzadora e implica varios desafíos: ¿Qué significa este éxito editorial? ¿Cómo interpretarlo? ¿Cómo promover su difusión y al mismo tiempo mantener el impulso evangelizador que debe caracterizar nuestra tarea catequística? ¿Cómo seguir impulsando el aspecto comunitario de la actividad catequística? ¿Se deberán elaborar guías de estudio, comentarios, otro material auxiliar?

"La catequesis se halla frente a un fenómeno que está influyendo profundamente en los valores, en las actitudes y en la vida misma de los hombres: los medios de comunicación social..." (n. 12).

Por un lado tenemos los medios de comunicación social existentes que generalmente parecen ignorar la realidad religiosa e incluso cultural del oyente o del espectador. Su (a menudo nefasta) influencia exige una acción evangelizadora en los mismos medios, pero ¿cómo llegar? Por otro lado, disponemos ya de muchos, aunque casi siempre pequeños medios propios: las radios. ¿Cómo hacer para que el CATIC sea una ayuda en la formación de los agentes pastorales activos en los MCS y en el personal en general de nuestras radios? ¿Cómo influir, desde nuestras radios en "las actitudes y la vida misma de los hombres"?

Supuesto el necesario testimonio de vida se sugieren los siguientes puntos: la preparación de dirigentes y orientadores catequistas...; la formación de catequistas con un conocimiento básico y una visión amplia de las condiciones sico-sociológicas del medio humano en el que han de trabajar...; la promoción de catequistas laicos. (n. 14).

No basta repetir o explicar el mensaje, sino que hay que re-expresar incesantemente, de nuevas maneras el Evangelio en relación con las formas de existencia del hombre, teniendo en cuenta los ambientes humanos... y guardando siempre la fidelidad a la palabra revelada... (n. 15).

Para que el anuncio no sea un mero repetir o un simple explicar, hace falta capacitar a los agentes de pastoral a fin de garantizar una actividad eclesial y no una presentación antojadiza en base a interpretaciones caprichosas de

personas bien intencionadas pero mal formadas. La formación permanente de todos los cristianos necesita a su vez de la formación permanente de agentes de pastoral. El CATIC, por su sola existencia, tendría que llevar a un impulso aún mayor para que nuestros catequistas se formen en los seminarios catequísticos y para que éstos se multipliquen en las diócesis donde ya existen o se creen allí donde todavía no existen.

Puebla

La catequesis, que consiste en la educación ordenada y progresiva de la fe, debe ser acción prioritaria en América Latina, si queremos llegar a una renovación profunda de la vida cristiana y por lo tanto a una nueva civilización ... (n. 997).

La catequesis, para cumplir su misión evangelizadora... deberá tener presente lo siguiente...: adaptar en los institutos de formación de los sacerdotes y de los religiosos y religiosas la "ratio studiorum" como algo urgente para que se intensifique la enseñanza de la adecuada transmisión contemporánea del mensaje evangélico (n. 1003).

El CATIC deberá ir acompañado de una adecuada formación de los sacerdotes y de los seminaristas si no se quiere que sea utilizado como un medio para "des-inculturar" y por ende desencarnar el mensaje evangélico. La prioridad de la catequesis en la pastoral en América Latina, clama por una adecuada formación de los más directos implicados en la ejecución de esta prioridad. Los mismos sacerdotes a menudo confiesan su ignorancia en el tema.

Santo Domingo

Si Medellín tuvo un documento sobre la catequesis y Puebla tuvo una serie de números con claras referencias a la catequesis, Santo Domingo, de alguna manera, tiene una cierta impronta con claras referencias a la catequesis y a la evangelización en todo el transcurso del documento.

La nueva evangelización tiene la tarea de suscitar la adhesión personal a Jesucristo y a la Iglesia de tantos hombres y mujeres bautizados que viven sin energía el cristianismo, "han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio" (n. 26).

Desde la situación generalizada de muchos bautizados en América Latina, que no dieron su adhesión personal a Jesucristo por la conversión primera, se impone, en el ministerio profético de la Iglesia, de modo

prioritario y fundamental, la proclamación vigorosa del anuncio de Jesús muerto y resucitado (kerygma), raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana y principio de toda auténtica cultura cristiana (n. 33).

...entre nuestros mismos católicos el desconocimiento de la verdad sobre Jesucristo y de las verdades fundamentales de la fe es un hecho muy frecuente y, en algunos casos, esa ignorancia va unida a una pérdida del sentido del pecado (n. 39).

Todo el documento de Santo Domingo tiene, como una especie de estribillo, la insistencia en la necesidad de un anuncio claro y explícito del misterio esencial de nuestra fe: el kerygma. Y si el Directorio Catequístico General insiste en la necesidad de establecer, en el mensaje cristiano y su anuncio, ya sea evangelizador ya sea catequístico, una cierta jerarquía de verdades, no cabe duda que, a la luz de Santo Domingo, deberá hacerse una lectura con claro enfoque cristológico-pascual.

Deberá quedar evidente, desde el principio, la importancia del misterio pascual, sin cuya centralidad nuestra fe es vana. La memoria del pasado recuerda el acontecimiento clave y supremo de la historia de la humanidad, la encarnación salvadora que culmina en el hecho pascual; la esperanza escatológica, fundamentada en este hecho pascual, llena la vida del cristiano sin alienarlo; y tanto la memoria como la esperanza se vive desde una conciencia del presente que adquiere consistencia desde la presencia del resucitado que vive, salva, actúa hoy.

El anuncio de Jesucristo; su salvación ofrecida por la misericordia de Dios en su entrega, anunciado como mensaje salvífico-sacramental (el misterio de la encarnación que adquiere sentido desde la pascua); la relación personal y comunitaria ofrecida como salvadora dentro de la larga historia de salvación de la cual formamos parte; su presencia dialogal como Palabra eterna del Padre que aún hoy se comunica, salva y libera; el sentido de la vida y de la historia a partir de la memoria del pasado, esperanza escatológica en una vida eterna y plena y conciencia para vivir desde ya en su presencia: todos estos elementos me parecen más que nunca esenciales en la tarea de la catequesis hoy, a la luz de Santo Domingo.

La dificultad y el desafío consisten en hacer de nuestro anuncio una verdadera "buena noticia" que es percibida como tal. El libro de los Hechos de los Apóstoles está lleno de vigorosos anuncios que fueron, en muchas ocasiones, percibidos como afectando la vida del oyente. Nada más alejado de

la preocupación de los apóstoles que la comunicación de verdades leídas o aprendidas; hablaban de la vida recibida, de lo visto y oído, fueron testigos.

Santo Domingo insiste en la necesidad de este testimonio: "La coherencia de la vida de los cristianos con su fe es condición de la eficacia de la nueva evangelización" (n. 48).

De ninguna manera la amplitud de los contenidos del catecismo nos pueden inducir a oscurecer la centralidad del mensaje cristiano esencial y al principio casi único: Cristo, Dios hecho hombre, muerto y resucitado para que el hombre tenga vida.